



“LA ULTIMA MARIPOSA DE INES”

Autor: Andres Garcia

El viento silbaba entre las grietas de la casa de lámina, arrastrando consigo el polvo y el frío. En el rincón más protegido, sobre una estera desgastada, yacía Inés. Sus siete años pesaban como los de una anciana. La tos, esa compañera feroz que había llegado con las últimas lluvias, le sacudía el pecho pequeño, un sonido seco y quebrado que era el único reloj de aquel lugar.

Su madre, Elena, le pasaba un trapo húmedo por la frente. El agua era el único alivio que podía ofrecer. No había médico en el pueblo. La clínica más cercana era una leyenda a dos días de camino, un lugar del que se hablaba con reverencia pero que

nadie había visto, como el mar. Las medicinas costaban más que la comida de un mes.

—Mamá, ¿mañana me voy a levantar? —preguntó Inés con una voz que era apenas un hilo de aire.

—Sí, mi vida —mintió Elena, conteniendo las lágrimas—. Mañana hará sol y te sentarás fuera a calentarte.

Pero ambas sabían que el sol de mañana sería igual que el de hoy: un testigo indiferente tras la capa de polvo.

La fiebre pintaba sueños extraños detrás de los párpados de Inés. Soñaba con un campo de amapolas rojas, tan rojas que le dolían los ojos. Corría entre ellas, y sus pies no tocaban el suelo. No sentía la tos. No sentía el hambre.

Afuera, la vida seguía su curso miserable. Los perros flacos buscaban restos entre la basura, los niños jugaban con una pelota de trapos, y los adultos hablaban en voz baja de la sequía y de la deuda. La enfermedad de Inés era solo una pena más en un lugar acostumbrado a la pena.

Elena había intentado todo lo que sabía: infusiones de hierbas amargas que recolectaba en el monte, cataplasmas de barro, rezos a santos olvidados.

Nada surtía efecto. Cada noche, se arrodillaba junto a su hija y le cantaba la misma canción de cuna, una melodía triste que hablaba de un río que se llevaba los dolores. Pero el río nunca pasaba por allí.

Una tarde, Inés señaló débilmente hacia la puerta.

—Mira, mamá. Una mariposa.

Elena miró. No había nada. Solo el aire caliente distorsionando la luz.

—Es amarilla —susurró Inés, con una sonrisa fantasma—. Tan amarilla como el sol.

Elena apretó la mano de su hija. Era tan liviana que parecía de pájaro.

—Debe de ser la que viene a visitarte —dijo, ahogando un sollozo.

Inés cerró los ojos, siguiendo con la mirada interna a la mariposa que solo ella podía ver. Su respiración se volvió más lenta, más superficial. Ya no tenía fuerzas ni para toser.

Elena se tendió a su lado, abrazando ese cuerpecito que se consumía como una vela. Le cantó la canción del río una vez más, pero esta vez su voz no tembló. Sonó como una despedida.

Cuando el último suspiro de Inés se mezcló con el polvo del viento, la cabaña quedó en un silencio denso y absoluto. No hubo dramáticos quejidos, ni exclamaciones. Solo el sonido del mundo afuera, que seguía igual.

Elena se levantó, caminó hasta la puerta y miró el horizonte gris. Por un instante, creyó ver el destello de algo amarillo, como el ala de una mariposa, revoloteando hacia donde el sol se ocultaba. Pero quizás solo fue el polvo, o el dolor jugándole una mala pasada.

No hubo médico que certificara la muerte. No hubo medicinas que la evitaran. No hubo nada que hacer. Solo el silencio, la canción de cuna atrapada en la garganta y la frágil certeza de que en algún lugar, Inés por fin corría en un campo de amapolas, sin tos, sin fiebre, persiguiendo una mariposa tan amarilla como el sol.